

CAPITULO XXVIII.

DE LA HUMILDAD DE LOS ECLESIATICOS.

ARTÍCULO I.

Jesucristo modelo de humildad propuesto á los eclesiásticos.

El orgullo perdió los ángeles y los hombres, y por este motivo, al venir para reparar la humana ruina, comenzó el Salvador por darnos ejemplo de humildad y establecer esta virtud como fundamento de su redención; mostrando que, para el hombre caído, la humildad es la vía que ofrece la religión para llegar al cielo. El Hijo de Dios, tesoro de tantas perfecciones, quiso distinguirse por tan admirable atributo, pudiéndose decir que toda su vida fué una humillación continua. Hubiera podido dar gran esplendor á sus acciones y una virtud soberana á sus palabras, y no quiso que así fuese, permitiendo que mas hiciesen sus discípulos: todo esto para enseñarnos que preferibles son á las acciones públicas las bajas y humildes cuyo valor no conocen los hombres. Después de su muerte, en el momento mismo de su mayor glorificación, quiso permanecer á nuestros ojos como modelo de la mayor humillación, para enseñarnos que la humildad precede á la gloria: quiso ser espuesto y representado en su Iglesia bajo la figura de un malhechor clavado en una cruz desde la cual confunde nuestra so-

berbia. Tal es la primera razón por la cual deben los sacerdotes distinguirse por su humildad, pues, sin esta virtud, no somos dignos de ser ministros de un Dios que quiso sufrir tantas afrentas por nuestro amor. El siervo no debe ser mas que el Señor; el sacerdote que repugna á las humillaciones quiere ser mas que su Dios que dió tantos ejemplos de humildad.

Jesucristo quiere que lo sigamos particularmente en esta virtud, como resulta de sus palabras: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*. No dice el Señor: *Aprended de mí á hacer cosas grandes y sublimes en la Iglesia, sino aprended de mí á ser humildes, y humildes de corazón: Exemplum enim dedi vobis* (Joan., 13, 5): al lavaros los piés os he dado un ejemplo: si yo os he lavado los piés, vosotros debéis lavaros los vuestros unos á otros. Jesucristo quería afianzar á sus discípulos en la humildad, y quería que conociesen, como gefes de su Iglesia, lo necesaria que es á todos los que ocupan los puestos elevados. Quería que se persuadiesen que nunca podrían humillarse y posponerse bajo la multitud que debían lavar y purificar en las funciones de su ministerio.

ART. II.

Razones particulares que muestran lo necesaria que es la humildad á los sacerdotes.

Grande es el sacerdocio de Jesucristo, mas su grandeza tiene por fundamento la humildad. Nuestro modo de reinar es servir. Tanto cuanto nos eleva sobre los demas hombres la dignidad de nuestro estado, debe bajarnos bajo ellos la humildad del servicio. Jesucristo, sumo sa-

cerdote, declara que *no viene para ser servido sino para servir* (Math., 20, 28), y su vicario en la tierra se glorifica con el título de *siervo de los siervos de Dios*. El mayor tiene obligacion de ser el menor. Nuestro imperio reside en las oraciones, nuestra fuerza en los gemidos, nuestra divisa en la cruz.

Para sostener el peso del sacerdocio, necesaria nos es la humildad, sin la cual no podremos dar fruto, sino hacer mucho ruido, pues en ella reside la gracia de la buena conducta, sin la cual corremos á nuestra pérdida. Los honores y deberes del sacerdocio fueron siempre el escollo en que se estrellaron los sacerdotes desprovistos de humildad, y señalados de tales caidas están á cada paso los anales del cristianismo. Varones hubo poderosos en obras y palabras, que parecian haber nacido para ser los heroes de la Iglesia y estender su gloria, y que precipitó el orgullo en pasiones ignominiosas y bajo el poder del demonio. Mas aquellos que quiso el Señor elevar á los mas eminentes ministerios, sin que su exaltacion ocasionase su ruina, permitió que fuesen antes humillados, como los vemos con Josef, Moisés y David. La misma ciencia sacerdotal es perniciosa sin humildad á la Iglesia, pues el Dios que resiste á los soberbios la vuelve vana y alucinadora: *Sapientia tua et scientia tua hæc decepit te* (Isai., c. 47, v. 10). El menor de los demonios, decia san Vicente de Paula, sabe mas que el mas profundo teólogo. Para efectuar sus obras no necesita Dios de la ciencia de los ministros, que desecha cuando son orgullosos, prefiriéndoles los mas idiotas y aun hasta las mismas mugeres, como lo permitió para reformar una órden célebre en la Iglesia.

Tenemos necesidad de humildad para hablar mas dig-

namente con el Señor, que se complace con los humildes y se aleja de los soberbios. Los humildes son el adorno y delicias de Jesucristo, y el Evangelio nos dice que en nada se complace tanto Dios como en la humildad del corazon, y en la simplicidad de las palabras y acciones. Ahí reside su espíritu y es inútil buscarlo en otra parte.

Necesitamos la humildad para adquirir y conservar la gracia que solo baja á los humildes, y, como los encuentra vacíos de si mismos, los llena de sus dones.

Necesitamos la humildad para tratar los mas augustos misterios de la divinidad con un santo temor al amor unido, pues profanan los misterios tremendos y divinos los que no se hallan penetrados de su propia indignidad comparada con la magestad y santidad del Señor cuyas veces hacen en los altares.

Necesitamos humildad para ser hombres de oracion, pues sin ella no conoceremos nuestra miseria y no nos inclinaremos á orar, ó bien será de un modo que no penetre al cielo y no llegue al trono de Dios. Sin un corazon humilde no hay verdadera oracion. Los pecados del mundo, dice un profeta (Jerem., *Tren.*, 3), levantan una espesa nube entre los hombres y Dios, que impide que llegue á sus piés la oracion; mas la humildad tiene la virtud de hacerla atravesar esta nube, pues *la oracion de los que se humillan penetra hasta el cielo; no se consuela hasta haber llegado al trono de Dios, y no se va sin que la mire el Altísimo*. ¿Cómo podrán satisfacer á tan esencial deber los sacerdotes sin humildad?

Necesitamos esta virtud para vivir en paz entre las penas y contradicciones de nuestro ministerio. Las almas humildes siempre están contentas. En sus ojos brilla el júbilo del corazon que amables las hace para con todos.

El santo espíritu que en ellas reside les da una paz que nada alterar puede.

Por último necesitamos humildad, porque nuestro deber es ser santos, y, si no somos humildes, no podemos avanzar en la santidad, que fundamento fué á todos los santos varones animados por la caridad, la cual forma un todo con la humildad, de modo que debe crecer esta virtud á proporcion del acrecentamiento de la caridad, del mismo modo que las raíces de un árbol penetran á mayor profundidad á medida que mas se elevan sus ramos. Aun cuando fuésemos puros como los ángeles, aun cuando, en el concepto de los hombres, hayamos llegado al pináculo de la perfeccion, desmoronarse debe nuestra pretendida virtud si no somos humildes, como una torre sin fundamento, pues no hay verdadera piedad sin verdadera humildad, y la ausencia de esta virtud caracteriza la falsa piedad.

ART. III.

Sentimientos de humildad que debe tener un eclesiástico.

Dios mio, ¿qué sois vos y qué soy yo? Os dignasteis elevarme á la dignidad de vuestro sacerdote, mas, cuando desde lo alto de esta grandeza considero mi nulidad, no puedo menos de estremecerme. ¡Cuántos hubieran sostenido con mas dignidad que yo la nobleza de vuestro ministerio! ¡Cuántos han merecido mas que yo esta dignidad, si alguien merecerla puede, con la inocencia de las costumbres y el fervor de la caridad! Mientras mas me examino á mi mismo, mas veo que no soy mas que indignidad y confusion! Me acuerdo, ó Dios mio! de mis

pecados, siempre se hallan á mi vista, y me avergüenzo de manchar con mi presencia vuestro santuario. ¿Cómo he podido yo, miserable pecador, atreverme á entrar en los atrios del Señor, en que los mismos santos no se atrevieron á penetrar sino llenos de lágrimas y confusion?

Tal vez algunos creerán que poseo talentos; mas aun cuando así fuese, de quien los he recibido sino de vos mismo, ó Dios mio? ¿De qué modo los he empleado? ¿De qué sirven esos talentos si no los empleo en vuestra gloria? De motivo para mayor condenacion. Me dirán que tengo instruccion. Mas no es así: mi instruccion es muy inferior á la de tantos que no gozan del mismo concepto que yo. Si mi vista recorre el vasto ámbito de las ciencias, si mi pensamiento recuerda tantos varones doctos, me hallo obligado á confesar lo pequeño de mis ideas y lo nulo de mis conocimientos. Soy un ignorante y no sé decir seis palabras seguidas sin dar á conocer mi falta de juicio. Tal vez habrá quien encomie mi actividad y mis obras; pero, ¿qué he hecho yo relativamente á lo que debo, en comparacion con tantos hombres de Dios que viven en la bajeza y desprecio del mundo? Si hago algo, busco las acciones ruidosas y no las humildes y secretas; prefiero lo exterior á lo interior y espiritual; busco la pompa de las funciones y lo material del santuario, y de ningun modo me preocupo de la edificacion de las almas. Habrá quizás quien diga que he hecho bien y que tengo virtud. Mas no es así; al contrario, inútil soy para todo bien y propio á todo mal. Creo operar por la gracia; mas si bien lo observo, opero por naturaleza. Parece que tengo zelo y solo tengo pasion. Si doy alguna limosna, al momento se introduce la vanidad. Si practico alguna mortificacion, no es mas que una impetuosidad

natural. Si me parece que amo á mi prójimo, no es por efecto del amor de Dios, pues no amo á todos sin distincion, sino al que me hace bien, al que me respeta y cultiva mi trato. La misma humildad que parezco afectar, no es mas que una malicia ó una debilidad mundana, pues no me humillo á los ojos de Dios y por motivos de fe, sino por complacencia interesada bajo el poder humano. Mi humildad aparece en el rostro, mas no está en el corazon. El amor propio es astuto; el vicio se cubre del manto de la virtud, y el mismo demonio tiene sus devotos y milagros.

¿Donde está pues mi virtud? Si peso mis producciones y mis obras en la balanza del santuario, hallaré que todo es digno de desprecio, hallaré que debiera avergonzarme en las acciones mas santas. En todas tengo culpa, sea en el modo sea en el fin, y no hay miseria mayor de la mia. La buena opinion que de mi se tiene es un castigo de mi hipocresía, que me representa muy diferente de lo que soy en realidad. Con tantas gracias como he recibido, con tantas misericordias como ha tenido Dios para conmigo, santo debiera ser, y no solo soy el peor de los sacerdotes, sino en cierto modo el peor de los demonios, pues he tenido medios y gracias de que hubieran aprovechado esos espíritus infelices si les hubiesen sido concedidos. ¡O Dios mio! ésparcid en mi corazon vuestras divinas luces, para que pueda conocer toda mi miseria. Encended en mi corazon los santos afectos que hicieron arder el vuestro y os indujeron á buscar la gloria de vuestro padre en vuestra propia confusion.

ART. IV.

Regla práctica de los grados y actos de la verdadera humildad.

No hay virtud en que quepa el engaño mas que en esta, pues en el mundo hay mas falsa que verdadera humildad. Fácilmente confundimos las humillaciones con esta virtud, siendo á menudo fruto de falsa humildad, pues muchos se humillan soberbiamente, y se engrien en su corazon, cuando han efectuado las acciones aparentemente humildes en presencia de los demas. Con la verdadera humildad, somos humildes en medio de las glorias del mundo, y con la falsa somos soberbios en el abatimiento y en la huida de las grandezas. La verdadera humildad es interior y reside en el espíritu, y sus actos son ó internos ó esternos. La verdadera humildad, segun san Buenaventura, consiste en tres cosas que constituyen tres grados de esta excelsa virtud.

En el primer grado se considera á sí mismo el hombre humilde, conoce los defectos y miserias propias, y se halla penetrado de un verdadero desprecio de sí mismo.

Los actos y humillaciones interiores de este primer grado, consisten en pensar á menudo en los propios pecados, gemir por las propias miserias, concebir afectos de aborrecimiento de las propias pasiones y de odio contra sí mismo, tener una viva persuasion de la propia indignidad, desconfiarse de sí mismo, alimentar siempre una buena opinion de los demas, escusarlos á todos en el corazon sino en las obras á lo menos en la intencion, considerar á nuestros hermanos bajo el punto de vista de la virtud, y no preferirse á nadie creyendo que los mayo-

res pecadores pueden precedernos en el reino de los cielos : *De se ipso nihil tenere, de aliis semper bene sentire*, como lo aconseja Tomás de Kempis.

Los actos y humillaciones exteriores de este primer grado son vestirse y hablar sumisa y modestamente, persuadidos de nuestra bajeza; escoger siempre el último lugar, buscar los últimos oficios en la casa del Señor; ceder á los demas todas las ventajas y prerogativas, servir á los inferiores en las cosas mas humildes, rehusar los ministerios mas apetecidos, conversar con las personas mas pobres y mas despreciadas, nunca alabarse á sí mismo, al contrario vituperarse y confesarse pobre, ignorante y pecador; honrar y tratar á todos como superiores en hechos y palabras, someterse voluntariamente no solo al juicio, sino al mundo y voluntad de nuestros superiores, iguales é inferiores, acomodándonos fácilmente á lo que los demas desean; sufrir las negligencias de los dependientes esforzándonos á suplir nosotros mismos; recibir los consejos y correcciones sin alteracion ni resentimiento, y sin justificarnos, persuadidos de haberlos merecido; encomendarse á las reprimendas y oraciones ajenas, pedir frecuentemente perdon por las culpas y defectos que podamos haber cometido, alabar las buenas acciones de los otros, excusar las malas, ordenar y gobernar lo que depende de nuestro oficio con términos humildes y con maneras modestas, siempre suplicando y nunca mandando; protestar siempre que somos siervos inútiles por cuanto nos digan que hemos hecho : *Cum feceritis omnia que precepta sunt vobis, dicite : servi inutiles sumus* (Luc., 17, 10).

En el segundo grado, la humildad consiste en desear y buscar ser despreciado y maltratado.

Los actos y humillaciones interiores de este grado heroico consisten en aborrecer las alabanzas que nos dan los demas, desear que nadie se cuide de nosotros y que todos nos desprecien é insulten, apetecer las injurias y deleitarnos en los oprobios.

Las humillaciones exteriores son : ocultar nuestras virtudes, nuestra ciencia, los dones que Dios nos ha concedido, nunca hablar de lo bueno que podemos poseer, no hacer en público nuestras acciones laudables para no atraer en nosotros la estimacion; no excusarnos aun cuando reprendidos seamos sin culpa alguna de nuestra parte, á menos que lo contrario exija la gloria de Dios y la edificacion del prójimo; no irritarnos si fuéremos provocados con palabras ó tratamientos injustos, nunca lamentarnos de las injurias que podamos haber recibido ó de los males que nos envíe el cielo, sufriendolos con paciencia y confesando que nada son en comparacion de lo que merecemos. Si hay humildad en sufrir las injurias merecidas, aun mas la hay en soportar con paciencia las que no merecemos; y si estas nos vienen por alguna buena obra que hemos cumplido, la humildad es infinitamente superior.

En el tercer grado de humildad, el sacerdote, lleno de los dones de Dios y de la reputacion de los hombres, no se ensoberbece ni se atribuye mérito alguno, sino lo refiere todo al Señor.

Las humillaciones interiores de este tercer grado, son confundirse en el propio corazon y confesar delante de Dios su infinita bondad, que tantos dones nos ha depurado sin el menor mérito de nuestra parte, al contrario, á pesar de nuestros desméritos; ocultar estos dones bajo el velo de una humildad profunda solo pensando en

ellos para dar gracias á Dios, creyendo firmemente que en nada contribuimos por nuestra parte, que de Dios solo procede todo bien, y repitiendo en si mismo la jaculatoria del santo rey David : *Non nobis Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam* (Psalm. 115, 9).

Las humillaciones exteriores de este mismo grado, cuando Dios quiere que se manifiesten sus dones, son atribuir todo bien á Dios, cantar en medio de los hombres la omnipotencia y bondad del Señor, protestando que se ha dignado escoger el mas débil instrumento para operar sus misericordias, y convidar á nuestros hermanos á que con nosotros celebren las grandezas de Dios : *Magnificate Dominum mecum, et exaltemus nomen ejus in ultimum* (Psalm. 35, 4). Tal debemos repetir en toda buena accion, desechando toda alabanza que nos pueda ser dada como un hurto que hacemos á la gloria de Dios.

---

## CAPITULO XXIX.

### DE LA MANSEDUMBRE DE LOS ECLESIASTICOS.

---

#### ARTÍCULO I.

Precio y belleza de la mansedumbre en un eclesiástico.

Debemos abrazar la humildad con la mansedumbre, y de ambas estas virtudes se compone el caracter y aspecto noble de un eclesiástico. En este estado será las delicias de los hombres y la imágen de Jesucristo. La mo-

destia brilla en su rostro y en su vestido, al paso que la dulzura se muestra en todos sus discursos. Bueno y benigno para todos, su semblante respira una confianza que tranquiliza y alienta á los que le acercan. A todos acoge con afabilidad, y á todos parece ofrecer su corazon. Siempre presente á si mismo, es dueño de sus movimientos, resiste á las injurias con el silencio, y responde con dulzura á las contradicciones. Cuando impelido se ve á reprender y castigar, sigue la via del deber y no de la ira. Un sacerdote manso no puede menos de sentir un primer momento de ligera agitacion, pues es hombre como los demas, y los movimientos de la naturaleza preceden á los de la gracia, pero no se deja arrastrar por la pasion á la que se opone con la fuerza de un hombre que sabe dominarse á si mismo. Si á pesar suyo se levanta en su interior alguna agitacion, se humilla con dulzura ante el Señor, y procura tranquilizar su espiritu. Si es maltratado aguanta, si lo contradicen calla, si es abandonado se lamenta. Su frente siempre serena, su voz siempre amorosa, sus gestos llenos siempre de compostura, todo su aspecto anuncia la calma de las pasiones y la tranquilidad de su alma. ¿Puede darse un aspecto mas digno de un sacerdote? Obligado á servir á las almas y tratar de las cosas de Dios procura llegar á ser afable con la mansedumbre, pues mas que los argumentos convence á los hombres la dulzura de los modales y palabras. Si Dios se digna bendecir nuestras fatigas por la conversacion de pecadores, es sobre todo cuando obramos con mansedumbre. Una sola palabra suave puede convertir un corazon empedernido, mientras que una sola palabra seca puede desazonar un alma. Nuestro Señor Jesucristo es la eterna suavidad de los ángeles y de los hombres; y

sola por la via de esta virtud podremos llegar á su presencia ó conducir á nuestros hermanos.

ART. II.

Lo diforme que es en los eclesiásticos el defecto opuesto.

Nada se opone tanto al espíritu eclesiástico como la ira, y un sacerdote colérico y soberbio carece del espíritu de su estado. Lejos de ser útil para salvar á los fieles, aumenta las dificultades de su conversion, los hace retroceder, los amedrenta, los desanima, los aleja de las vias del cielo. Al mismo tiempo se vuelve inaccesible, pierde la confianza del pueblo, se enfada como Aman por la menor irreverencia, y en todo ve su orgullo ultrajes ó desaires. En vez de apagarlas, enciende nuevas discordias, y, si bien tienen la apariencia de zelo, su enajenamiento es tan solo efecto de la pasion. Lejos de desarraigat, produce nuevos desórdenes. Sus correcciones son amenazas y vuelven incorregibles á los pecadores; sus consejos, sus órdenes, todas sus palabras respiran la impaciencia y la altivez, y este caracter que le acompaña en el púlpito deshonor la santa palabra, siendo sus instrucciones otras tantas invectivas, y el Evangelio, esa palabra de paz y reconciliacion, es en su boca señal de disension. ¿Son tales los caracteres del sacerdocio?

ART. III.

Hay una falsa mansedumbre que no conviene á los sacerdotes.

No confundamos la mansedumbre con la debilidad, ó, en otros términos, con esa muelle complacencia que cede

ante todo y contemporiza con todos los desórdenes, dejando subsistir los escándalos, seducciones, usuras y otros tantos abusos sin osar oponer la firmeza de un verdadero pecho sacerdotal. No, no es tal la mansedumbre del buen pastor, sino la vil condescendencia del mercenario, que al bien de la Iglesia prefiere el ocio y propia tranquilidad; que adula en lugar de entristecer saludablemente á los pecadores, que busca á cualquier precio el no malquistarse, y, con su silencio é indiferencia, autoriza todas las malas prácticas, fomenta la injusticia y consolida la iniquidad. *Non est charitas, sed languor* (Aug., *in ep.* 10. *Tract.* 7). Esta flojedad de sus sacerdotes Dios la castiga con el desprecio de los mismos pueblos, los cuales forman un triste concepto de semejantes eclesiásticos, aunque aparentemente los aplaudan. Por debilidad cedió Aarón al pueblo hebreo en la consagracion del becerro de oro, y poco despues se urdió una conjuracion directa para despojarlo del derecho y autoridad del supremo sacerdocio de que tanto habia abusado. No admite duda que obraria de un modo odioso el que la autoridad emplease con un zelo amargo y excesivo; pero males mayores acarrea el volverla cómoda y amena con falsa mansedumbre y criminal silencio. La dulzura que es una virtud en aquel que no debe dar cuenta sino de si mismo, se vuelve en una persona pública una vileza culpable, y su silencio un consentimiento, pudiéndose decir que cómplice es del mal pues no lo impide.

ART. IV.

La guerra y la paz de la verdadera mansedumbre.

Importa unir al mismo tiempo la guerra y la paz : la primera con el mundo, la segunda con los hombres. Ataquemos los escándalos del siglo, mas vivamos en concordia con los autores de estos escándalos, y tengamos paz con los que la aborrecen, con los que nos hacen la guerra y nos injurian : *Cum his qui oderunt pacem, eram pacificus* (Psalm. 119, 6). Seamos los ministros de un Dios que se denomina principe de la paz; que, desde el primer momento de su nacimiento en la tierra, quiso que sus ángeles entonasen el himno de paz; que mandó que entrásemos siempre en las casas con el dulce saludo de paz. ¡O paz bella y santa! Por conservarla hagámonos la guerra á nosotros mismos; renunciemos á nuestras opiniones, sacrifiquemos nuestros intereses, humillemos nuestra voluntad, mas reine la buena armonia entre nosotros y nuestros hermanos. Amemoslos si nos odian, saludémoslos con la sonrisa de paz si nos persiguen. Tal vez podrá costar todo esto á nuestra naturaleza, mas tendremos la paz del Señor : *que exsuperat omnem sensum*. No quiere decir esto que debemos adular los mundanos en sus desórdenes, ni abandonar los huérfanos, viudas y menesterosos, pues no es tal la paz que nos ha dejado el Señor. Esta es completamente diferente de la que da el mundo cuando se acaricia sus apetitos é inclinaciones, sino la paz de la justicia, la que odia el pecado y ama el pecador, la que conmueve los corazones mas empedernidos. Los pacíficos son los due-

ños de la tierra, los fuertes, los sabios, y con la tranquila elevacion de sus sentimientos, todo lo dominan, si bien se humillan y se ponen bajo de todo, pues Dios habita en sus corazones y de su gracia los llena.

---

CAPITULO XXX.

DE LA PACIENCIA DE LOS ECLESIASTICOS.

---

ARTÍCULO I.

Es necesario padecer.

Tal es la primera necesidad del hombre. Hijo de Adan, nace en el pecado y en las penas que trae este consigo. Sea cual fuere el estado ó condicion que podamos imaginar en la tierra, nunca hallaremos ninguna en que exento se halle de pena el hombre, y desde su primer grito hasta la tumba, todo es un continuo dolor. Nuestras aflicciones son efecto y pena del primer pecado, y ley de nuestra naturaleza prevaricada.

Ademas este continuo padecer es obligacion del cristiano. En efecto, Jesucristo, en su Evangelio, habla continuamente de cruces, desprendimientos, persecuciones, padecimientos, muertes, para todos los que quieren ser admitidos en el número de sus discipulos; de modo que, para vivir segun el Evangelio, debe un cristiano vivir en un ejercicio continuo de paciencia.

Agréguese á lo dicho que es el sufrir una condicion